

EUCARISTIA Y COMPROMISO

EN LA CONSTRUCCION DEL MUNDO

Juan Alfaro, S.J.

Universidad Gregoriana

Roma

I

El concilio Vaticano II ve en la Eucaristía el vértice de los sacramentos eclesiales y el manantial de la vida cristiana, la prenda de nuestra esperanza, el convite de la fraternidad de los hombres en Cristo y la anticipación de la salvación futura. Es Cristo mismo quien se hace presente en el sacramento eucarístico mediante la conversión de los frutos de la tierra, transformados por el trabajo del hombre, en su Cuerpo resucitado; se hace personalmente presente en la entrega sacerdotal de Sí mismo a Dios por el mundo, en su ofrenda invisible ante Dios hecha visible en la oblación de la Iglesia. El concilio nos invita a participar en la Eucaristía, uniendo nuestra entrega personal al acto sacrificial de Cristo y recibiendo así la comunión de vida con Cristo mismo y en Él con los hombres (1).

Para que nuestra participación en el sacrificio eucarístico sea encuentro personal con Cristo, y en Cristo con Dios y con los hombres, debemos comprender a fondo en todos sus aspectos el acontecimiento expresado y cumplido en la Eucaristía. Solamente así podremos darnos cuenta del sentido que la Eucaristía tiene para el cristiano en la tarea de construir el mundo como morada digna de la comunidad humana.

Como actualización del sacrificio de Cristo, hecho presente y visible en la oblación eclesial, el misterio de la Eucaristía no es inteligible

(1) Conc. Vat. II, *Const. sobre la sagrada liturgia*, nn. 2. 6. 8. 47. 48; *Const. dogm. sobre la Iglesia*, nn. 3. 7. 11. 28. 50; *Decr. sobre el ministerio y vida de los presbíteros*, nn. 5. 7; *Decr. sobre la actividad misionera de la Iglesia*, n. 8; *Const. past. sobre la Iglesia en el mundo*, n. 38.

sino a la luz del misterio de Cristo y del misterio de la Iglesia. Cristo, Sacramento de Dios, signo y cumplimiento supremos del amor de Dios a la humanidad y al mundo, y por eso Sacramento fundamental; la Iglesia, Sacramento de Cristo, signo efectivo universal de su Mediación salvífica, y por eso Sacramento primordial; la Eucaristía, presencia real de Cristo y síntesis del ser de la Iglesia, y por eso el principal entre los sacramentos eclesiales: he aquí por qué es preciso partir desde Cristo para entender qué es la Iglesia, cuál es su misión en el mundo, y dentro de la Iglesia la función de la Eucaristía en la salvación del hombre, del mundo transformado por él y de la historia.

Estamos acostumbrados a considerar la Encarnación del Hijo de Dios, su Muerte y su Resurrección como tres acontecimientos distintos, sin darnos cuenta de que son más bien tres momentos constitutivos de un solo acontecimiento, a saber, del auténtico "hacerse-hombre" de la Palabra personal de Dios. Al apropiarse nuestra existencia mortal, el Hijo de Dios quedó destinado a sufrir y morir como nosotros; la Muerte de Cristo, estaba escrita en su carne, como lo está en la carne de sus hermanos, los hombres (Rom. 8,3; Jn. 1,14; Hbr. 2,10-18). Pero la muerte no podía ser la etapa definitiva del ser humano del Hijo de Dios. La Resurrección de Cristo, fundada en su carácter personal divino (Hbr. 7,16; 9,14), corresponde al primado de lo divino sobre lo humano de la Vida sobre la muerte en el Verbo Encarnado (Jn. 5,26; 10,18). Como apropiación de nuestro ser mortal por el Hijo de Dios, la Encarnación tuvo su fase crucial en la Muerte de Cristo y culminó en su Resurrección (Fil. 2,5-11, Hbr. 2,9; 5,8-9); entonces llegó a su plenitud la divinización de la Humanidad de Cristo (Rom. 6,10; 1 Cor. 15,45) (2).

La Encarnación lleva en sí misma sentido salvífico porque es acto de solidaridad del Hijo de Dios con la comunidad humana: el acto de hacer suya nuestra existencia en todas sus dimensiones, a saber, en nuestra relación a Dios, a los demás hombres, al mundo y a la historia. Al apropiárselas personalmente, el Hijo de Dios les dió un sentido nuevo; las consagró, incorporándolas en el misterio de su Unión personal con Dios. La comunidad humana quedó integrada en Cristo, centro de unión del hombre con Dios y por eso de los hombres entre sí: el amor del Padre a Cristo acoge en Cristo toda la familia humana (Ef. 1,6-7; 2,4). La presencia personal del Hijo de Dios en la historia representa el acontecimiento decisivo de la historia, la salvación del hom-

(2) Véase nuestro artículo, **Las funciones salvíficas de Cristo como Revelador, Sacerdote y Señor: *Mysterium Salutis*** (Madrid 1971) 671-756.

bre y de su obra en el mundo. La creación del mundo para el hombre recibe del hombre Cristo (es decir, de la Encarnación) su finalización hacia Dios. Cristo es el "Dios-con-nosotros" (Mt. 1,23), la presencia anticipada de Dios en nuestro mundo, como comienzo y garantía de su manifestación definitiva.

Hijo de Dios y hermano nuestro, Cristo realizó en el mundo su relación con Dios y con los hombres en la entrega libre y total de Sí mismo al Padre por los hombres (Mc. 10,45; 14,36; Jn. 10,15; 14,31; Ef. 5,2,25). Fué esta decisión suprema de su libertad humana, mantenida a lo largo de su vida y presente en su Muerte como dimensión constitutiva de ella (Lc. 23,46; Jn. 19,30; 17,4), la que hizo de toda la existencia de Cristo en el mundo el sacrificio de la Nueva Alianza (Ebr. 10, 5-10; 9,15).

El sacerdocio de Cristo, como su sacrificio, no fue ritual, sino existencial; fue su entrega personal a Dios por los hombres, cumplida en la experiencia terrible de su Muerte en la Cruz. En esta experiencia se realizó su Mediación sacerdotal entre Dios y los hombres (Hbr. 2,9-10; 5,7-10). En su sacrificio unió Cristo el amor a Dios y el amor a los hombres; su respuesta al amor del Padre se hizo efectiva en la entrega de su vida por sus hermanos, los hombres. En la unión de la dimensión vertical con la horizontal, la Cruz expresa simbólicamente el sentido de la Muerte de Cristo como oblación de Sí mismo a Dios "en favor" y "en lugar" de los hombres (Mc. 10,45; Rom. 5,6,8; 1 Tim. 2,6), es decir, en solidaridad inclusiva de toda la humanidad. En la Cruz de Cristo se cumplió la reconciliación de la humanidad con Dios y la unidad de los hombres, porque Cristo murió por todos y abarcó a todos en su entrega total de amor al Padre (2 Cor. 5,15. 18-20; Ef. 2,13-18). Desde entonces como dice S. Pablo todo hombre es "un hermano por el que ha muerto Cristo" (1 Cor. 8,11; Rom. 14,15).

Resucitando a Cristo, ha revelado y cumplido Dios definitivamente la aceptación de su Muerte por nosotros (Fil. 2,9-11; Hbr. 2,9). La Resurrección de Cristo constituye la fase última de su oblación sacerdotal y le confiere el sentido de lo único, irrepetible y perfecto ("una sola vez", "una vez para siempre": (Hbr. 7,27. 28; 9,12-14. 28; 10,10. 12-14). En su existencia glorificada, Cristo permanece en la actitud sacerdotal de ofrecerse e interceder ante el Padre por los hombres (Hbr. 7,24-25; 9,24; Rom. 8,34; 1 Jo. 2,1). Al pasar por la muerte a la vida inmortal (Rom. 6,9) en el acto de entregarse totalmente a Dios por nosotros, Cristo mantiene para siempre este acto en la oblación perpetua de Sí mismo ante Dios por los hombres. Esta oblación irrepetible de

Cristo, cumplida en la Cruz y perpetuada en su Resurrección, es la que se actualiza y toma expresión visible en la Eucaristía.

La Resurrección de Cristo fué en sí misma acontecimiento escatológico, porque en la misma dimensión humana de la corporeidad, que constituye su vínculo con los demás hombres y con el mundo, pasó Cristo a la participación en la vida inmortal de Dios. Cristo resucitó como primogénito de la familia humana (solidaridad inclusiva); su Resurrección es anticipación y garantía de la nuestra. No solamente los hombres, sino también el mundo creado para el hombre y transformado por él, están llamadas a tomar parte en la gloria de Cristo a través de la resurrección futura de la humanidad. La Resurrección de Cristo representa pues la anticipación real de la plenitud final de la humanidad, del mundo y de la historia. Con la glorificación de Cristo en su mismo ser humano ha comenzado ya "lo último", "el fin de los tiempos". La historia ha cobrado sentido último; tiende a su plenitud definitiva, a su integración en la gloria de Cristo. Por su Resurrección ha quedado constituido Cristo en Señor de todos y de todo, a saber, en centro de unidad, de cohesión y de finalización para la humanidad, su mundo y su obra en el mundo (3).

La Resurrección de Cristo aparece así como la plenitud de la Encarnación, y de su sentido salvífico para nosotros y para el mundo. El ser humano de Cristo ha sido divinizado definitivamente y plenamente en su misma vinculación con la comunidad humana y con el mundo; ha sido elevado a principio de vida divina para los hombres (1 Cor. 15,45; Hechos, 3,15) y a través de los hombres para el mismo mundo (Rom. 8,19-24). La Humanidad del Hijo de Dios (Encarnación) ha venido a ser (a través de la Muerte y de la Resurrección) la revelación y cumplimiento definitivos de la Alianza de Dios con los hombres y por ellos con el mundo. Por eso el acontecimiento total y único de Cristo, desde la Encarnación hasta su Resurrección, constituye el Sacramento de Dios, el encuentro personal entre Dios y los hombres, y de los hombres entre sí.

En la totalidad y unidad interna de su misterio salvífico es Cristo el Sacramento supremo y por eso irreptible, de la donación de Dios en Sí mismo al hombre y de la unión de los hombres entre sí. La singularidad ("una sola vez para siempre") del Sacramento fundamental, que es Cristo mismo, proviene de la excelencia de la Encarnación (cumplida finalmente en la Muerte y Resurrección del Hijo de Dios),

(3) Rom. 8, 19-24; 1 Cor. 8,3; 15, 20-28; Ef. 1,10; 3,11; Col. 1,15-18; **Conc. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia**, n. 48; **Const. past. sobre la Iglesia en el mundo**, n. 45.

que agota cualitativamente la comunicación de Dios al hombre y la capacidad del ser humano a participar en la vida de Dios.

Con la glorificación de Cristo, Jefe de la comunidad humana, Centro de la creación y fin de la historia, han recibido sentido escatológico la existencia del hombre y su obra en el mundo; ha comenzado ya desde ahora la "vida eterna", a saber, la participación del hombre por Cristo en la vida misma de Dios (4). Si se tiene en cuenta que la Encarnación estaba orientada por sí misma a la Muerte y Resurrección del Hijo de Dios, se comprenderá que la dimensión escatológica de la creación y de la historia quedó radicalmente establecida en la Encarnación, es decir, en la Presencia personal del Hijo de Dios en el mundo y en la historia.

II

El Vaticano II presenta el ser y la misión de la Iglesia desde una perspectiva totalmente cristológica: "propio es de la Iglesia ser a la vez humana y divina, visible y dotada de realidades invisibles, . . . presente en el mundo y en camino hacia el futuro; de tal modo, que lo humano se ordena y subordina a lo divino, lo visible a lo invisible. . . y lo presente a la ciudad futura que buscamos". Como el ser de Cristo, así también (analogía de participación y dependencia) el ser de la Iglesia está constituido por la unión de lo divino y de lo humano, de tal modo que en su aspecto humano se expresa y se realiza su dimensión divina (5). Comunidad visible de la salvación invisible comenzada ya desde ahora, es decir, de la presencia vivificante de Cristo mediante el don de su Espíritu, he aquí la esencia de la Iglesia.

La institución de la Iglesia, como comunidad visible de la salvación, es obra de Cristo en la unidad de su existencia terrena y de su existencia gloriosa. El Cristo de la historia fundó la Iglesia en sus estructuras sociales y visibles. Cristo glorificado mantiene la Iglesia en la dimensión interna de su eficacia salvadora; es el Resucitado quien le da su Espíritu como principio de vida divina (6). La identidad del Cristo histórico con el Cristo glorioso funda la unidad de la Iglesia en su aspecto visible y en su función salvífica. Como Cristo recibe la vida del Padre, la Iglesia la recibe de Cristo por su Espíritu. La presencia

(4) J. ALFARO, *Esperanza cristiana y liberación del hombre* (Barcelona 1972) 141-184.

(5) Conc. Vat. II, **Const. sobre la sagrada liturgia**, n. 2; **Const. dogm. sobre la Iglesia**, n. 8.

(6) J. ALFARO, **Cristo glorioso, Sacramento de Dios Padre: la Iglesia, Sacramento de Cristo glorificado**; *Gregorianum*, 48 (1967) 5-27.

y la acción de Cristo resucitado y de su Espíritu en la Iglesia son inseparables; Cristo obra en la Iglesia por el don del Espíritu y el Espíritu Santo vivifica la Iglesia como Espíritu de Cristo. Lejos de oponerse entre sí, la concepción cristológica y pneumatológica de la Iglesia se exigen y completan mutuamente.

San Pablo atribuye al Espíritu Santo la transformación integral del hombre en su relación a Dios, a los demás hombres y al mundo. En lo más profundo de su ser recibe el hombre el don de la "adopción filial", es decir, del amor confiado y de la comunión de vida con Dios por Cristo. Liberado internamente por el Espíritu de Cristo, el cristiano no tiene en último término otra ley que la ley del amor, cumplida en el servicio de sus hermanos los hombres; así es como vive con Cristo y para Cristo, que dió su vida por todos los hombres. El don del Espíritu es no solamente garantía y posesión anticipada, sino principio vital de la resurrección futura; ya desde ahora estamos con-vivificados, con-glorificados y con-resucitados con Cristo. El mismo mundo participará mediante la resurrección corporal de los hombres en la gloria de Cristo, Señor de la creación y de la historia (7).

La presencia de Cristo mediante su Espíritu constituye la Iglesia en Sacramento universal de la salvación. En la **Constitución sobre la Iglesia** el Vaticano II ha plasmado en frase lapidaria su más profunda intuición eclesiológica: **la Iglesia es, en Cristo, sacramento (a saber, signo efectivo) de la unión íntima del hombre con Dios y de la unidad de toda la familia humana** (8). Esta definición tiene el mérito enorme de integrar en la sacramentalidad de la Iglesia la relación del hombre a Dios y a los demás hombres. Como en la existencia humana y en la Muerte de Cristo, la dimensión vertical a Dios y la dimensión horizontal a los hombres van indisolublemente unidas. En la existencia de Cristo y del cristiano la primacía corresponde al amor de Dios, pero de tal modo que el amor al prójimo queda integrado en el amor de Dios como su único cumplimiento efectivo. Tan erróneo sería reducir el amor de Dios al amor del prójimo, como desvincularlos entre sí. La encarnación de Dios en Cristo, no ha identificado, pero sí ha unido inseparablemente nuestra relación a Dios y a los hombres en Cristo, Hijo de Dios y hermano de los hombres. La fraternidad humana ha sido elevada en Cristo a Sacramento eclesial de nuestra comunión de vida con Dios. Por eso la clave para comprender la definición del Vaticano II sobre la sacramentalidad de la Iglesia nos la da la breve y densa

(7) Rom. 5,5; 8; 11. 14-17; Gal. 4, 6; 5, 1-25; Ef. 2,5; Col. 2,12-13; 3,1.

(8) Conc. Vat. II, **Const. dogm. sobre la Iglesia**, n. 1.

frase: "en Cristo". La unión de la relación a Dios y de la relación a los hombres se ha cumplido en Cristo mismo, y en Cristo encuentra la Iglesia unida la comunión de vida con Dios y con los hombres.

Con una fórmula aparentemente diversa y en realidad idéntica con la precedente, el Vaticano II presenta la Iglesia como "la comunidad de la fe, de la esperanza y de la caridad", "comunión de vida, de caridad y de verdad" (9). El vínculo de la fe, esperanza y caridad, constituye concretamente a la Iglesia en Sacramento de la unión del hombre con Dios y con los hombres "en Cristo". La fe eclesial, que no es solamente "recuerdo" y confesión del acontecimiento de nuestra salvación cumplido en Cristo, sino posesión viviente de la misma realidad "recordada" y proclamada. La esperanza escatológica, que hace de la Iglesia el "Sacramento del futuro" de la humanidad y del mundo; una esperanza, fundada en la Resurrección de Cristo y suscitada por la presencia de su Espíritu como garantía, anticipación e incoación vital de nuestra resurrección y de la integración del mundo y de su historia en la salvación venidera. La caridad, amor de Dios y de los hombres, como vínculo supremo de la unidad eclesial y realización presente (ya desde ahora en nuestra existencia en el mundo) de la comunión de los hombres con Cristo y entre sí, es decir, como construcción del Reino de Cristo en el mundo.

La Iglesia aparece así como "Sacramento del mundo", portadora y responsable de la salvación de la humanidad en el mundo, porque es el **Sacramento de la fraternidad universal**; es decir, porque lleva en sí misma la promesa indefectible y la misión de Cristo: la promesa que se está cumpliendo en el don del Espíritu de Cristo, principio vital de comunión de los hombres en Cristo y de resurrección: misión de transformar el mundo con la fuerza interior del amor, cumplido en la edificación del Reino de Dios mediante la construcción de un mundo más justo y por eso más humano.

No pertenece a la misión de la Iglesia la transformación del mundo mediante el progreso científico y técnico, aplicados en el trabajo del hombre. Pero esta dimensión secular de la construcción del mundo por el hombre no puede ser separada del sentido profundo de la creación del mundo para el hombre y de la transformación del mundo para servicio de la persona humana. El primado del hombre en el mundo y en su misma obra de transformar el mundo es aquí lo definitivamente importante y decisivo. El sentido último del mundo es "ser para el

(9) *Ibid.*, nn. 8-9.

hombre", para la comunidad humana. Este mismo es el sentido profundo de la transformación del mundo por el hombre. La dignidad de la persona humana y la participación de todos en los bienes de la creación y del mundo transformado por el trabajo de todos es el valor supremo, para el que Dios ha creado el mundo y lo ha puesto en las manos del hombre.

En esta dimensión última del mundo y de su transformación por el hombre se insertan la gracia de Cristo y la misión de la Iglesia. Al unificar la comunidad humana en la comunión con Dios y en la salvación de todos, **comenzada ya desde ahora en nuestra convivencia en el mundo;** al integrar la relación comunitaria de la existencia humana en la relación misma del hombre con Dios; al elevar la dignidad de la persona humana al nivel de hijo de Dios; al hacerse hombre para morir por los hombres y resucitar como el primogénito de la humanidad, Cristo, el Hijo de Dios, ha creado un vínculo nuevo y supremo entre los hombres, y ha dado un sentido real nuevo a la construcción del mundo, integrándola en la salvación presente y futura de la humanidad. Por éso la misión específica de la Iglesia en la construcción del mundo es la de testificar con su mensaje y su vida el amor de Cristo y el amor cristiano, la de proclamar y defender eficazmente la dignidad y los derechos de la persona humana, la de establecer la participación de todos en la construcción de la sociedad y en los bienes de la transformación del mundo, la de oponerse a las estructuras opresoras de lo social y económicamente débiles, la de sufrir e identificarse con los que sufren la violencia de la injusticia. Para cumplir esta misión en el mundo de hoy, la Iglesia (la comunidad de Cristo que somos todos nosotros) deberá estar dispuesta a sufrir como Cristo y con Cristo la violencia de los poderosos del mundo.

III

En la Eucaristía, sacramento sacrificial y sacrificio sacramental, se expresan y se realizan el ser de la Iglesia como Sacramento de Cristo y el ser de Cristo como Sacramento de Dios; por Cristo en la Iglesia mediante la acción eucarística tiene lugar la comunión de vida del hombre con Dios y la unión de los hombres entre sí. No deberá por consiguiente sorprender la riqueza de aspectos contenidos en el sacramento eucarístico, que compendia en sí mismo todo el acontecimiento de Cristo y toda la esencia de la Iglesia.

San Pablo ve en la Eucaristía la "anámnesis" de Cristo, de su Muerte y Resurrección (1 Cor. 11, 24-25; Lc. 22,19). La palabra "anámnesis" se traduce literalmente en castellano como "recuerdo" o memorial". Pero esta traducción no expresa la hondura de significado, que tiene en el pensamiento de San Pablo. Sería más apropiado el término "presentación", entendido como la acción en la que se hace presente la realidad expresada en la misma acción. La traducción exacta, que evita toda ambigüedad, es la de "actualización", signo y acontecimiento de lo significado, a saber, del Sacrificio de Cristo (10).

La entrega personal de Cristo a Dios por los hombres, su opción fundamental mantenida a lo largo de su existencia, constitutiva de la dimensión principal de su Muerte, perpetuada en su oblación celeste ante el Padre, esta misma entrega sacrificial de Cristo que se ha cumplido y se está cumpliendo "una vez para siempre" se actúa, se hace presente y visible en la acción eclesial del rito eucarístico. El acto compendiador de toda la existencia de Cristo en el mundo y definitivamente en la gloria del Padre, el acto del don total de sí mismo hasta la muerte perpetuado en la actitud de ofrecerse a Dios por nosotros, constituye la realidad honda, la invisible y la más verdadera de la Eucaristía. Todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación hasta su Muerte y Resurrección, se condensa en el signo-acontecimiento eucarístico. Es en último término el sacrificio existencial de Cristo el que da sentido real al rito sacrificial, es decir, el que le confiere el carácter de "signo-realización" de la presencia de Cristo en el acto de ofrecerse a Dios por los hombres. Cristo glorificado actualiza su entrega al Padre mediante la conversión del ser profundo del pan y del vino en un nuevo ser, en Cristo mismo, en su Persona (en el ser integralmente humano y glorioso del Hijo de Dios). El misterio de la "transustanciación" eucarística no es inteligible sino a la luz de la transformación de la humanidad de Cristo, iniciada en la Encarnación y definitivamente cumplida en la Resurrección.

Cristo se hace presente y se ofrece mediante el rito sacrificial, cumplido por el misterio sacerdotal en nombre de la Iglesia (estructura institucional de la Iglesia) y por eso finalmente en nombre de Cristo. Los cristianos participan en la oblación eucarística como miembros de la Iglesia, pueblo sacerdotal de Dios, "comunidad de la fe, esperanza y caridad". Tanto la estructura institucional, como la dimensión comu-

(10) E. B. ALLO, *Première Epître aux Corinthiens* (Paris 1934) 279; J. BEHM, *Anámnesis: Theol. Wört. N. T.*, I, 351; H. CONZELMANN, *Der erste Brief an die Korinther* (Göttingen 1969) 215.

nitaria pertenecen a la sacramentalidad de la Iglesia. Ofreciéndose a sí misma, ofrece la Iglesia el sacrificio de Cristo; en la oblación eclesial es Cristo mismo, quien se ofrece a Dios por los hombres. El sacrificio único e irrepetible de Cristo se hace presente y visible en el rito eclesial.

En la liturgia eucarística la Iglesia rinde culto a Dios "por Cristo, con Cristo, en Cristo". Esto quiere decir que en la Eucaristía el culto ritual recibe todo su valor y significado del culto existencial que Cristo rindió a Dios con la entrega de Sí mismo en la Cruz, la entrega perpetuada en la presencia de Cristo glorificado ante el Padre. La Muerte de Cristo fue el acto supremo de libre sumisión a Dios (Rom. 5,19; Fil. 2,8; Jn. 14,31), la confesión suprema de la trascendencia de Dios. Este acto de Cristo, perennizado en su existencia glorificada, es el que en último término da sentido al aspecto ritual de la Eucaristía. No podemos por consiguiente olvidar que el culto verdadero a Dios en la Eucaristía es la entrega existencial de Cristo a Dios por los hombres, a la que se asocia la oblación existencial de la comunidad eclesial en la fe, esperanza y caridad. La oblación de Cristo, la oblación misma de la Cruz, eternizada por la Resurrección en oblación celeste y participada por la oblación eclesial, constituye, en la Eucaristía, la adoración de Dios en "espíritu y verdad" (Jn. 4,24) (11).

El vínculo indisoluble entre la oblación única de Cristo y la ofrenda de la Iglesia se funda en la presencia real de Cristo glorificado, cuya mediación perpetua ante el Padre hace siempre actual su entrega sacrificial en la Cruz. Dios no puede menos de aceptar la ofrenda de la Iglesia, porque está unida a la oblación de Cristo, Hijo suyo y "Cabeza" de la Iglesia ("cabeza" en sentido paulino: centro de unidad y de vida). Es la intercesión sacerdotal de Cristo resucitado la que hace de la Iglesia, de la Eucaristía y de los demás sacramentos "signos-efectivos" de la gracia ("ex opere operato" equivale a "ex opere operantis Christi").

La celebración eucarística es según S. Pablo "Koinonía", unión de los creyentes por la participación de todos en la vida de Cristo: **somos un mismo Cuerpo**, cuantos participamos de un mismo Pan (1 Cor. 10,16-18): convite sacrificial de comunión de vida con Cristo y por eso de unión entre nosotros, vínculo vital con Cristo y por eso de los hombres entre sí. La participación de todos en el "Pan de la vida" (Jn.

(11) Conc. Vat. II, **Const. sobre la sagrada liturgia**, nn. 8. 47. 48; **Const. dogm. sobre la Iglesia**, n. 50.

6,35. 48) crea en todos la misma vida. La definición del Vaticano II sobre la sacramentalidad de la Iglesia se verifica plenamente en la Eucaristía: **en Cristo, signo efectivo de la unión íntima con Dios y de la unidad de la familia humana.** Es de nuevo Cristo el que une la dimensión vertical y la horizontal, la relación del hombre con Dios y con los demás hombres; el amor de los hombres integrado en el amor de Dios, como cumplimiento efectivo del mismo. La Eucaristía, vínculo de amor cristiano, porque en ella Cristo se da a Sí mismo y nos da su misma vida; y exigencia de amor a Cristo y por Cristo a los hombres. Vivir de Cristo es vivir para Cristo (Gal. 2; 20; 2 Cor. 5,15); vivir para Cristo, salir del propio egoísmo en el amor y servicio del prójimo (1 Cor. 13,5; Gal. 6,13).

Como "anámnesis" y "koinonía" de la Muerte y Resurrección de Cristo, es la Eucaristía acontecimiento escatológico, sacramento de la vida venidera y de la esperanza cristiana: "Cada vez que comeis de este pan y bebeis de este cáliz, anunciáis la Muerte del Señor hasta que El venga" (1 Cor. 11,26); "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y yo lo resucitaré el último día" (Jn. 6,54). Cristo, El que ha de venir, está ya viniendo haciéndose presente en la Eucaristía como anticipación sacramental de su futura venida; está viniendo, como el Porvenir de la humanidad, de la historia y del mundo. Está viniendo, dándonos ya desde ahora por su Espíritu el comienzo de la "vida eterna", la prenda y la posesión vital anticipada de la resurrección futura. La esperanza en la salvación integral del hombre (y, en el hombre, del mundo y de la historia) se funda en la Muerte y Resurrección de Cristo, actualizadas sacramentalmente en la Eucaristía.

Como actualización de la Muerte y Resurrección de Cristo ("anámnesis"), comunión de vida con Cristo y en El con los hombres ("koinonía") y anticipación de la resurrección futura, es la Eucaristía "signo-efectivo" de la renovación escatológica del mundo y de la integración de la transformación del mundo por la obra del hombre en la salvación venidera. La conversión del pan y del vino, "fruto de la tierra y del trabajo del hombre", en el Cuerpo glorificado de Cristo, significa y anticipa la participación futura del mundo, transformado por el hombre, en la gloria de Cristo resucitado. Por Cristo, presente en la Eucaristía, crea Dios el pan y el vino, los santifica y nos los da como participación común anticipada en el convite de la vida eterna (12).

(12) Conc. Vat. II, **Const. past. sobre la Iglesia en el mundo**, n. 38; **Const. dogm. sobre la Iglesia**, n. 48.

El convite eucarístico, participación comunitaria en el mismo pan, expresa en signo sacramental la comunión de todos ya desde ahora en los bienes del mundo presente como realización anticipada de la comunión en la vida eterna. La Eucaristía, pan partido, es pan repartido; es signo efectivo del amor cristiano, cumplido en la participación de todos en los bienes del mundo, creado por Dios y transformado por el trabajo humano para la comunidad humana. He aquí el sentido, que el misterio total de Cristo (actuado en la Eucaristía) da a la dimensión comunitaria de la existencia humana y al destino del hombre a transformar con su espíritu y su trabajo el mundo.

IV

Después de haber analizado los diversos aspectos que constituyen la riqueza interior del misterio eucarístico, no será difícil comprender que la contribución del cristiano a la construcción del mundo consiste precisamente en plasmar en la existencia y en la acción el sentido profundo de la Eucaristía; es decir, en hacer de la Eucaristía vida y de la vida Eucaristía.

Hemos visto que la realidad profunda de la Eucaristía incluye las siguientes dimensiones, constitutivas de un mismo acontecimiento:

1) la entrega existencial de Cristo a Dios por los hombres, la unión de su relación al Padre (dimensión vertical de su existencia) y de su relación a sus hermanos los hombres (dimensión horizontal); culto existencial de Cristo a Dios, expresado en el culto ritual:

2) La comunión de vida entre Cristo y los hombres, y por eso la unión de los hombres entre sí en el amor mutuo; participación comunitaria de todos en la misma Vida, Cristo, y por eso participación cumplida en la vida y en la acción:

3) la anticipación de la resurrección futura, a saber, el destino comunitario de la humanidad en Cristo a la salvación integral corpóreo-espiritual, una salvación comenzada ya desde ahora por la participación de todos en los bienes de la creación finalizada en Cristo glorificado:

4) la integración de la transformación del mundo por el trabajo del hombre "en la obra misma de la redención", para ser asumida finalmente en la participación de la gloria de Cristo (13).

(13) Conc. Vat. II, *Const. past. sobre la Iglesia en el mundo*, nn. 67. 38.

La participación en la liturgia eucarística será auténtica, si brota de la fe sincera en la realidad profunda de la Eucaristía, a saber, en la entrega existencial de Cristo a Dios por los hombres. Entonces tendrá su dimensión verdadera en la entrega personal del cristiano con Cristo a Dios por los hombres, en la unión indisoluble de nuestra relación con Dios y de nuestra relación con los hombres. Si la profesión del culto cristiano mediante la participación en el rito eucarístico no implica el "culto existencial", (la existencia auténticamente cristiana que se condensa en el amor de Dios cumplido en el amor de los hombres: Mc. 12,28-34; 1 Cor. 13; Rom. 13,8-10; Gal. 5,13-14; 1 Jo. 4,7-8. 11. 19-21), tal participación no será adoración de Dios en "espíritu y verdad" (Jn. 4,24), sino la rutina muerta de un convencionalismo social. En la separación entre el culto litúrgico y el "culto existencial" está la enfermedad endémica y terrible del cristianismo convencional de tantos cristianos de nombre, que profesan la fe en Cristo y la niegan prácticamente en una vida dominada por el egoísmo hasta la violación de los derechos del prójimo y la explotación de los débiles. He aquí el contrasentido radical de la Eucaristía.

Porque la Eucaristía, es el sacramento de la fraternidad universal fundada en Cristo, el Hijo de Dios y "hombre para los hombres". Si deja de ser encuentro de verdadera fraternidad, se destruye su verdad. San Pablo denunció esta contradicción interna con el sentido del convite eucarístico: **mientras unos padecen hambre, otros con sus excesos abusan de los bienes del mundo** (1 Cor. 11,21). La verdadera celebración de la Eucaristía en el cristianismo ferviente de la Iglesia primitiva aparece en los **Hechos de los Apóstoles**, 2, 42-46; 5, 32-35: "perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión de la fracción del pan... y tenían todo en común... eran un solo corazón y un alma sola". El pan eucarístico partido se convertía efectivamente en símbolo concreto del amor, en pan de todos para todos; tenía el sabor cristiano del pan repartido. Nacía un mundo nuevo, construido en la comunión fraterna; la nueva creación en Cristo, la fe actuada en el amor (Gal. 5,6. 13; 6,15).

El sentido profundo de la Eucaristía incluye la anticipación de la salvación corpóreo-espiritual del hombre, la salvación comunitaria comenzada ya desde ahora durante nuestra existencia en el mundo. Esto implica la salvación de todo hombre en su dignidad de persona, en su derecho a una vida digna de su condición de hijo de Dios. "La dignidad del hombre no se puede realizar sin su liberación económica y esta última no puede subsistir sin el reconocimiento de los derechos

propios del hombre. Ambos factores son mutuamente correlativos. La dignidad del hombre no puede subsistir sin la supresión de la miseria, como no existe felicidad verdaderamente humana sin el derecho a la libertad de mantenerse "en pie" y de marchar con la "cabeza levantada" (14). La esperanza cristiana anticipa la salvación futura en el compromiso por la salvación integral de todo hombre en su espíritu y en su cuerpo, en su relación a Dios y en su relación a los hombres y al mundo. Por eso no será auténtica, si no lucha por liberar al oprimido de padecer la injusticia y al opresor de cometerla. La opresión es pecado, porque niega la dignidad del hombre y destruye la fraternidad cristiana. El reciente Sínodo Episcopal (Roma 1971) nos advierte que "el amor cristiano y la justicia no pueden separarse. Porque el amor implica la exigencia absoluta de justicia, a saber, el reconocimiento de la dignidad y de los derechos del prójimo. La justicia por su parte no alcanza su plenitud interior sino en el amor" (15).

La conversión eucarística del pan y del vino en el Cuerpo de Cristo integra la transformación del mundo por el trabajo del hombre en el sacramento de la unión de los hombres entre sí, fundada en la comunión con Cristo. La Eucaristía significa pues en sí misma que la ley fundamental de la transformación del mundo es el mandamiento del amor cristiano(16). Solamente la instauración de la verdadera fraternidad puede incorporar el progreso científico, técnico e industrial, en la construcción de un mundo mejor, más justo y más humano.

Para comprobarlo, basta abrir los ojos ante la situación actual del mundo caracterizada por un gigantesco progreso científico y técnico, cuyo sentido ha sido pervertido por el terrible pecado del egoísmo en instrumento de destrucción, explotación y opresión del hombre. Los resultados asombrosos de la investigación atómica, biológica, y química, han sido aplicados a la creación de un potencial bélico capaz de aniquilar la humanidad: he aquí a donde ha llevado el progreso científico puesto al servicio del ansia de dominación política y económica. El progreso industrial y el consiguiente aumento de los bienes de producción no ha creado pan y bienestar para todos, sino que ha dado origen a un creciente y amenazador desnivel de recursos económicos entre los países ricos y los subdesarrollados; la superioridad técnica se ha convertido en instrumento de explotación neocolonialista, y

(14) J. MOLTMANN, *¿Esperanza sin fe? En torno a un humanismo escatológico sin Dios*: Concilium 16 (1966) 219.

(15) Synodus Episcoporum. *De Iustitia in mundo* (Roma 1971) 13-14.

(16) Conc. Vat. II, *Const. past. sobre la Iglesia en el mundo*, n. 39.

las organizaciones político-económicas de las grandes potencias han quedado marcadas como estructuras de opresión. El avance en los medios de comunicación, que debería contribuir a la participación de todos en la vida nacional e internacional, son degradados por los grupos de poder en instrumento de dominación y manipulación de las masas. En nuestro siglo, el siglo de las portentosas conquistas del hombre, la mayor parte de la humanidad vive en la miseria o en la opresión de los derechos fundamentales del hombre (17).

Nosotros los cristianos no podemos resignarnos cobardemente ante este mundo inhumano, pervertido por el gran pecado de la injusticia: el pecado radicalmente opuesto al amor, esencia del cristianismo. No podemos pasar de largo, como el sacerdote y el levita de la parábola evangélica, junto al prójimo que yace medio muerto, maltratado y despojado de su dignidad de hombre, a la vera del camino (Lc. 10,30-33).

Nuestra contribución de cristianos a la construcción de un mundo mejor, morada digna para todos los hombres, deberá concretarse en vivir auténticamente y en llevar a la acción el sentido profundo de la Eucaristía, a saber, en trabajar en el mundo bajo la inspiración de la fe en Cristo, de la esperanza humilde y audaz en su Muerte y Resurrección, del amor a los hombres como hermanos de Cristo: lo que haremos por los hombres, será servicio de Cristo (Mt. 25, 31-46). Vivir así la Eucaristía es vivir el verdadero cristianismo, que no huye de la tarea de transformar y mejorar el mundo, sino que da a esta tarea su único sentido auténtico como cumplimiento efectivo del amor fraterno. Solamente así viviremos el mensaje cristiano (amor de Dios por Cristo, cumplido en el amor de los hombres) según las exigencias de nuestro tiempo (18).

La situación actual del mundo nos impone a los cristianos un examen sincero de nuestra mentalidad y de nuestras actitudes, que nos lleve a una auténtica conversión, a saber, a una visión y praxis nuevas del mensaje de Cristo. Ha llegado el momento en que los cristianos debemos obrar como portadores responsables del amor y de la esperanza de Cristo al mundo. Tenemos que darnos cuenta de que la

(17) Véase la descripción de la situación actual del mundo en el documento **De Iustitia in mundo** (Synodus Episcoporum), 6-12.

(18) Hemos estudiado el tema del sentido cristiano de la transformación del mundo por el trabajo y del progreso humano en las obras recientes: **Hacia una teología del progreso humano** (Barcelona, Herder, 1969); **Esperanza cristiana y liberación del hombre** (Barcelona, Herder, 1972).

participación en el culto cristiano sin las obras del amor cristiano es antitestimonio, y de que las obras del amor cristiano son ante todo las exigidas por la justicia.

Si nuestro amor a Cristo, y por Cristo al prójimo, es algo más que un mensaje doctrinal, deberá llevar una conciencia lacerada ante las injusticias enormes de nuestro tiempo en el campo económico, social político e internacional; deberá suscitar en nosotros una acción eficazmente comprometida en favor de los oprimidos y marginados; deberá conducirnos al reconocimiento del pecado de nuestro silencio (y tal vez de nuestra misma connivencia) ante las estructuras económico-sociales opresoras de los débiles.

El mundo espera de nosotros los cristianos el signo auténtico de los discípulos de Cristo, el signo del amor hecho verdadero en la acción. Esto es lo que el mundo actual necesita y con razón exige de nosotros como comprobación de la sinceridad de nuestro cristianismo. Pero lo exige sobre todo Cristo mismo con el sacrificio de su propia vida por la salvación del mundo: Cristo, que en el convite sacrificial de la Eucaristía, nos llama a participar en su oblación con la renuncia al egoísmo y la comunión de la fraternidad.